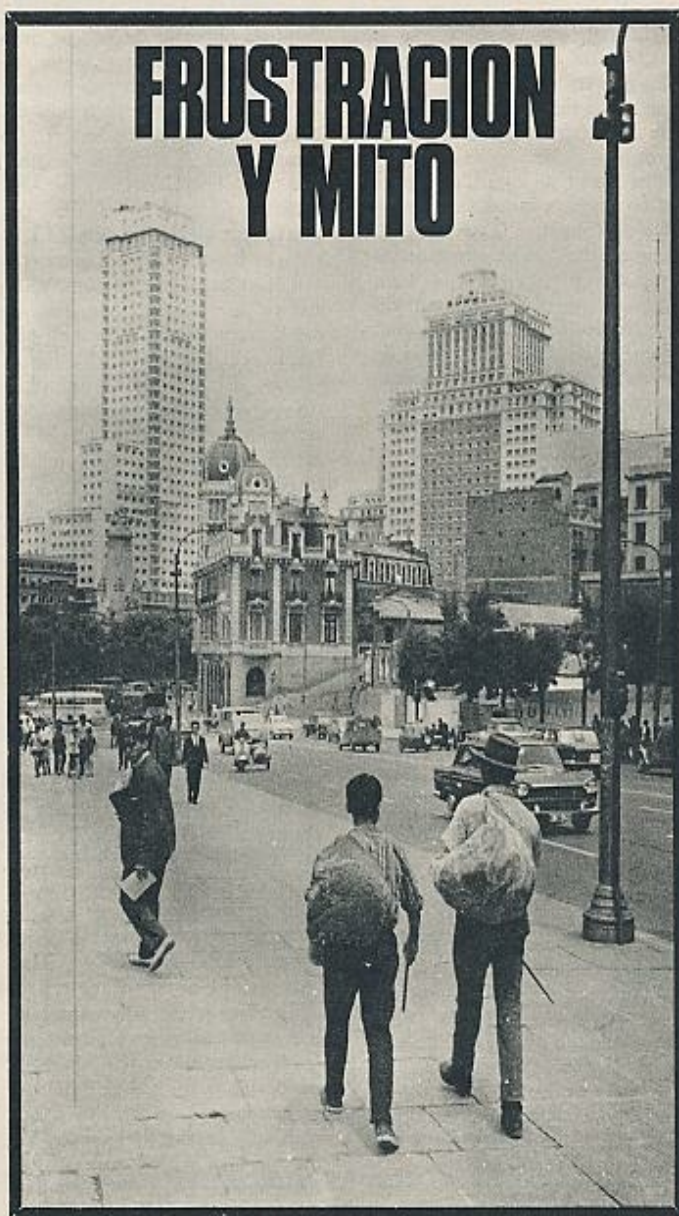


ANTONIO
BURGOS

LOS MALETILLAS

«D IOS le manda a cada uno su sino. A mí me ha mandado que yo esté fuera de mi casa pasando hambre y frío para pegarle un muletazo a un toro a quinientos kilómetros y que me pegue una cornada», me decía «El Zorro» la otra tarde en Sevilla, sentado con unos compañeros en un bar de la calle Canalejas. Aunque ya les ha pasado su hora, los aficionados, mal dicho maletillas, siguen viviendo por las carreteras y plazas de España la tragedia de su sino. No comprenden que se pueda vivir fuera del toro, alejado del toro, sin pensar en el toro, sin comer del toro, sin pasar hambre por la ilusión del toro. Su cosmogonía es circular y con sol, como un rueda en tarde de fiesta, cuando han regado el albero y los maestrantes son una mancha gris de veguero que humea en la alta sombra. Su mundo es elementalmente redondo, y en él existen muy pocos conceptos, muy duras realidades, que se llaman capea, fonda, cornada, hospital, morucho, «auto-stop», dinero, trabajo, hambre, madre, llanto, estampa, mujer, sangre, miedo, calabozo. Todo gira en torno a dos polos, los dos pitones del toro en que quieren encontrar la vida y la muerte. Se les ve por las carreteras, en las gasolineras de las salidas de las ciudades, en los bares de camioneros. Por Salamanca, cuando empieza el año; por Castilla, en las fiestas agosteanas de calor y vino; por Andalucía, cuando son las ferias o se están organizando los tentaderos en las fincas de los señores de la tierra y del toro.

Viven alimentados por su propio mito, tratan de no quedar en mal lugar en el teatro de España y representan lo mejor que pueden el papel que ellos mismos se han asignado. Tienen un sentido justiciero de la riqueza y la pobreza. Nacieron en humildes y numerosas familias campesinas o rurales, estuvieron unos pocos años en el colegio. En vez de irse a trabajar al extranjero, o de camareros a Mallorca, como otros muchachos de sus pueblos, una tarde les picó el gusanillo de la afición y huyeron. A unos los devolvió a sus casas la Guardia Civil y renunciaron para siempre a ponerse el



traje con el que está «El Cordobés» retratado de colores en el almanaque de la taberna. Otros fueron igualmente apresados por los comandantes de puesto, pero volvieron a huir; aprendieron a marchar sin dinero y a volver con alguno, a ponerle remiendos al hambre familiar con las monedas que en los pueblos les echan en sus rotos y sangrientos capotes extendidos, una vez que ha terminado la capea y todos se van, endomingados y felices, al baile o a la procesión de la Patrona.

De ellos se han hecho películas, mitología, cuplés. Marifé de Triana salía vestida algo así como ellos en unos metros de película que decían que era cine. Dominique Lapiere, Larry Collins, «El Pipó» y los revisteros taurinos les hicieron un mal servicio al codificar la biografía del que ya es un terrateniente y cuentacorrentista llamado don Manuel Benítez, como la historia tipo de todo el que quiere dejar el hambre a costa de pasar algún miedo inicial ante un animal que se

mueve, que te mira, que te embiste, que huele mal, que lleva en la frente una gongorina media luna con la que te puede herir o matar. Desde que «El Cordobés» se hizo rico y se divulgó su historia, los aficionados, mal llamados también maletillas, pasan por gente que roba gallinas, que no tiene los papeles en regla, que viaja en los topes de los trenes, que invade los cerrados de las ganaderías para torear cincoños en madrugadas de luna llena a la medida estética exacta de los romances cupleteros.

Quizá sean de otra forma estos últimos aficionados que quedan por España. Los tiempos de la inflación han pasado. Difícilmente —y aquí podría montarse un autocomplaciente argumento desarrollista— podrá ya juntarse una tropa juvenil con el maco al hombro, pendiente del palo de la muleta, como aquella que desfilaba los sábados por la noche en la televisión, cuando los Domingos organizaban en Vista Alegre unas novilladas de la oportunidad, de las que salieron Palomo Linares o «El Platanito». Saben que pertenecen a un grupo social que se extingue, que es ya muy difícil llegar a ser figura del toreo sin tener padrinos que paguen los gastos y el ganado de las primeras novilladas, que compren cientos de entradas para regalarlas, que pongan publicidad en «El Ruedo» y en las secciones especializadas de los periódicos, que alquilen los primeros trajes, los nerviosos cuartos de hotel de las presentaciones con caballos. «Rabanito de Hellín» me decía:

—Cada vez hay menos aficionados que lleven nuestra vida. Ya la afición se está perdiendo. Los que dominan en el toro nos quitan las ganas. Con carnet de aspirantes a novilleros, dado por el Sindicato del Espectáculo, estaremos unos mil. Pero así, fuera de casa, en los tentaderos y en las capeas, no llegaremos a setenta. Aquí en Sevilla, por la Feria, no llegaremos a reunirnos ni treinta, y eso que vienen muchachos de los pueblos de por aquí, de Castilleja, de Bollullos.

Mendigos del templo del loreo

Eran las cuatro y media de la tarde y faltaban treinta minutos para el tópic. En el bar del hotel Colón (que se llamaba Majestic

antes de la autarquía, cuando mandaron quitar los nombres extranjeros y en la sombrerería de Padilla Crespo, en la Campana, ponían una muestra que allí está, y que decía: «Artículo español, jornal para los nuestros») rebullían todos los taurinos, que son la gente que vive de los toros sin tener que ponerse delante de ellos: los cronistas, que Vicente Zabala llama **sobrecogedores**; apoderados, agentes taurinos, empresarios, cogecosas, mandaderos, ganaderos, extraños personajes latinoamericanos que suelen caer por aquí cada temporada, toreros retirados, novilleritos con dinero menos empeñados que sus padres en el triunfo. Arriba, en las habitaciones dobles con baño y capillitas de cien estampas con una lamparilla encendida en la mesilla de noche, los toreros estaban siendo vestidos, batines de seda y la taleguilla extendida sobre la cama como una mortaja. En el bar del hotel Colón de Sevilla, en el vestíbulo, las tardes de feria, antes de la corrida, circulan los sobres y las entradas de regalo, el whisky y el fino jerezano con nombre extranjero. Mas los que se otorgan en exclusiva la denominación de **aficionados** no pueden entrar. Y eso que ya han perdido la uniformidad del pelo largo, la cazadora de loneta, los pantalones tejanos, las botas de baloncesto y el **maco** al hombro. Pero los porteros los conocen bien, de verles allí una tarde y otra, un año y otro, cuando llega abril.

Se quedan en la puerta, apoyados en algún Mercedes, entre las maletas de los grupos que acaban de entrar después de haber cruzado Despeñaperros en un autopullman con aire acondicionado. Como los lisiados a la puerta de los templos medievales, esta caminera y mendicante tropa también espera a la puerta de donde ve el poder, la grandeza, la riqueza, el bienestar, aunque quizá no la verdad. Han dormido literalmente debajo del puente de Triana, en una obra, en casa de algún pariente, en una pensión quien tuviera dinero. Por la mañana se fueron a la puerta de su otro templo sevillano, la plaza de toros de la Real Maestranza de Caballería, que siempre andan en la cercanía de la gloria. Allí, después de haber lavado alguna ropa en el río y haberla puesto a secar en los malecones del antiguo muelle de la sal, abrieron el **maco**, armaron la muleta y torearon de

salón durante algunas horas. Otros hicieron gimnasia. Todos imitaron hasta los bufidos del animal zaino o jabonero, que huele mal, que te mira, que te puede herir, bajas las dos manos abiertas en media luna, acariciando los pliegues de la muleta, que así deberían entrar todos los toros.

Cuando el sol está alto y para los taurinos es la hora del aperitivo, de comentar el sorteo y de decir con las manos —como ellos las pusieron para embestir a un compañero— cómo está armado el encierro, se van para el hotel Colón, a la puerta del templo de los dineros del toro. Con suerte, puede caer alguna entrada, entre tanto brillante en la corbata, tanta cubana de seda natural, tanta pulsera de oro comprada en Méjico o en Caracas, tanta tumbaga de la temporada americana, tanto Montecristo de cincuenta duros, tanto coche largo con chófer acostumbrado por agosto a ir en un día, de un solo tirón, de Mont-de-Marsan a Algeciras y llegar a la hora del sorteo. Siempre hay avispados que saben que va a salir don Alberto, o don Diodoro, o don José, y que pueden dar una entrada de servicio, sin asiento, o un sol alto. Si no encuentran entradas, se irán a la calle Iris, por donde entran las cuadrillas en la plaza. Con un búcaro, con un fundón de estoques, llevando algo que le sobra al recadero del ayudante del mozo de espadas, es fácil que entren, como aquel que estuvo muchos años viendo los toros de balde con la argucia de llegar cada tarde al portón de cuadrillas con una barra de hielo, diciendo que era para la enfermería, hasta que se enteraron los porteros que allí tenían una nevera eléctrica.

Cuando acabe la tarde, se tirarán al ruedo los que pudieron entrar en la plaza y sacarán a hombros al que triunfó, al que no pueden ver, porque ellos tienen más valor, lo que pasa es que no les ha ayudado nadie. Cogerán unos dineros. Así comprarán pescado frito para cenar. Por la noche, otra vez al puente. Y por la mañana, otra vez a hacer torero de salón, otra vez a la puerta del Colón. Lo malo es que algunos hace trece años que están así y aún no se han vestido de toreros.

«No somos mangantes»

Quedé con ellos para cuando acabara la corrida. Hicieron una

recluta, pero no llegaron más que a reunirse nueve, y eso contando con el que horas antes había salido de los calabozos de la Jefatura Superior de Policía, después que entre todos le hubieran pagado las quinientas pesetas de multa por haberse tirado de espontáneo la tarde anterior. Allí estaban «El Zorro», de Sevilla; «El Chocolate», de Córdoba; «El Dólar de Cáceres C. C.», («ce, ce, ¿no parece un equipo de fútbol?»; «No, es la matrícula de Cáceres»); «El Revoltoso», de Zamora; «Rabanito de Hellín», Juan Manuel Montero, de Sevilla; Antonio Millán «El Granaño», Francisco García «El Maletilla» y Antonio Antequera «El Sevillano», de Cornellá.

Son jóvenes, pero no unos chavales. De los veintisiete años de «El Dólar de Cáceres» a los dieciocho de «El Granaño», la media de edad está en los veintitantos años. Todos llevan media vida, literalmente, por los caminos y las capeas; hasta los hubo que se escaparon de su casa con trece años. Todos pertenecen a familias numerosas, en las que se pasa hambre. Sus padres son braceros del campo, empleados sin cualificación profesional, obreros de la construcción, peones en empresas públicas. Sus familias no están conformes con que ellos estén en el toro, pero no han podido remediarlo. En el pueblo, bien poco podrían hacer:

—Los chavales jóvenes se marchan de allí, no hay trabajo.

En algunos casos hay unos remotos antecedentes taurinos en la familia: un abuelo que fue banderillero, un hermano que llegó a torear con caballos y que tuvo que colgar los trastos. Todos tienen un nivel cultural dramáticamente bajo. Han asistido a escuelas públicas, pero con poca asiduidad, y las abandonaron pronto. Frente a los toreros que llegan con dinero a serlo, quizá con el título de licenciado en Derecho colgado en el despacho (como es tópico decir de Victoriano Valencia), estos que insisten en conquistar la fortaleza desde fuera, sitiándola, con sus solas fuerzas, apenas saben leer «El Ruedo» silabeando las palabras, revista que junto con las páginas taurinas de los periódicos es el material impreso que constituye su único universo cultural. Quien más, ha llegado a completar los cursos de la antigua enseñanza primaria. Quien

menos, ha obtenido el certificado de estudios primarios en el cuartel.

Viajan solos, aunque a veces se congregan, cuando el medio les es hostil, como en este caso de Sevilla por la Feria, o en Pamplona, por San Fermín, donde lo hacen para sacar mayores beneficios a las simpatías que despiertan. Cuando llegan a las ciudades donde les miran mal, crean unas rudimentarias comunidades, en las que no existen líderes, pero sí unos códigos de comportamiento. A la orilla del río, cuando hablé con ellos, los maletillas habían creado algo muy similar a una comuna de hombres solteros, a un cenobio laico:

—La gente cree que somos mangantes cuando nos ve en manadas. Nosotros lo que somos es aficionados, no eso de maletillas.

La idea del destino pesa sobre todos ellos. La afición es algo que «se lleva en la sangre», que «se nace con ella», a la que un hombre no puede renunciar. Y el machismo es uno de los valores determinantes de su código ético:

—Llegue o no llegue, seré siempre aficionado. El que nace con una afición, con la afición muere.

Otro hito de su código de valores es el desprecio del trabajo manual, por su escasa retribución en los ámbitos familiares y geográficos de origen. «Trabajando no me iba a hacer millonario», me decía «El Chocolate», de Córdoba, a las pocas horas de haberse tirado de espontáneo en la Maestranza. Entre las motivaciones, junto a la irrenunciable afición «está, pues, el hambre: «Soy aficionado por ayudar a mi familia, que somos pobres». «Soy aficionado porque en mi casa hay una ruina muy grande». En sus manos no ha estado llegar a toreros por los caminos de acceso que tiene la burguesía urbana: recomendación a un apoderado o a un empresario, estancia protegida en una ganadería, cercanía protectora de un viejo profesional (banderillero torero retirado, etcétera) como maestro, primeras actuaciones pagándose los gastos. Pero desprecian otro camino que no sea el suyo, porque los demás no están en su mano:

—El torero de dinero no es torero. Esto hay que sufrirlo, para después, como aquel que dice, saber lo que cuesta un peine.

Admiran al Pelucas, o sea, al ganadero, agricultor, empresario

LOS MALETILLAS

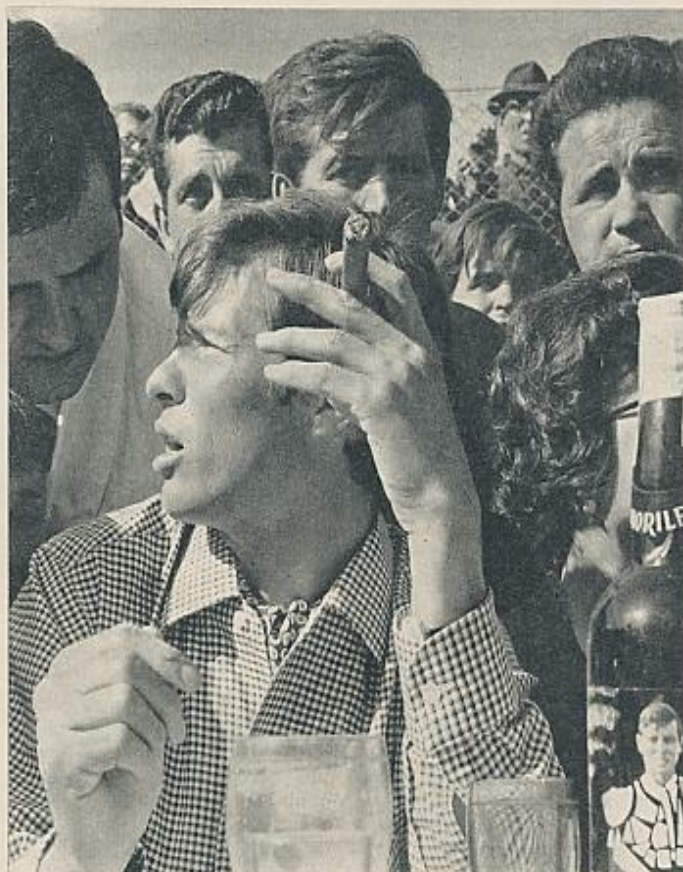
y ex torero don Manuel Benítez, más como hombre que como torero, y veladamente, sin confesarlo, quieren llegar a ser lo que él y por los mismos medios. Pero les cae ya muy lejano, en sus fincas y en sus millones. Por eso, con más rabia que envidia, se estimulan con el triunfo cercano de otros que también hicieron «auto-stop» con el maco al hombro; Santiago López, Rafael Torres, Miguel Márquez, Pedrin Benjumea, Angel Teruel. Estos son de los suyos, en un entendimiento clasista de los modos de acceso a la gloria taurina: no han entrado por la puerta falsa de los despachos y las recomendaciones, ya que la verdad, el bien y la belleza están en los tentaderos, en el hambre, en los cuartelillos de la Guardia Civil, en las capeas de los pueblos. Pero no perdonan que éstos de los suyos se hayan desclasado con el triunfo y ahora no les ayuden, que hayan olvidado tan pronto el hambre pasada en común, las esperas colectivas en la tapia de las placitas de tiena:

—El que está arriba —dicen, con un sentido justicialista de honda raíz popular— no se acuerda del que está abajo.

La gran temporada

Tienen algo de bandoleros del XIX, y en el pueblo encuentran su apoyo y su código ético. También igual que el bandolero, encarnan las ideas y las esperanzas del pueblo, porque, son el pueblo: llegar arriba desde abajo, cambiar el hambre por el bienestar y el poder social. La vuelta atrás, a la familia y al lugar de origen, es algo que no olvidan, aunque a veces se pasan largas temporadas sin aparecer por allí. Contra lo que se piensa, cuando no vuelven es que están fracasando más de lo que tenían previsto.

Por lo general, su gran temporada empieza en enero, por el campo de Salamanca, en los tentaderos. Después, con las fiestas mayores, comienzan las dramáticas capeas de los pueblos, en las que con los revolcones que sufren ante los cuernos de toros de cinco hierbas, desecho de tiena y cerrado, alegran el vino de los lugareños, que les pide sangre y valentía a cambio de unas monedas que al final echarán en los capotes que pasen ante los provisionales tendidos. La España de



Admiran al «Pelucas», o sea, al ganadero, agricultor, empresario y ex torero don Manuel Benítez, más como hombre que como torero, y veladamente, sin confesarlo, quieren llegar a ser lo que él y por los mismos medios.

Eugenio Noel persiste en el peregrinaje de los aficionados por Guadalajara, por Valladolid, por Extremadura. Por abril vienen a Sevilla, porque aquí cuajan los tentaderos en las ganaderías del Sur, se enteran de ellos. Cuando han terminado los tentaderos vuelven a las capeas de Castilla. En septiembre han acabado las fiestas locales y con ellas su triste gran temporada y casi todos se ponen a trabajar en la vendimia, bien en Francia, bien en la Mancha o en el marco de Jerez. Pero antes, a lo largo del año, habrán aprovechado algún trabajo esporádico para juntar algún dinero y volver con él a la casa paterna; así ocultan ante los ojos de los suyos el cotidiano fracaso, una frustración ya larga que comenzó en la primera huida atajada por la Guardia Civil en el andén de cualquier estación.

Los reciben con escenas melodramáticas y sentimentales: ma-

dres que lloran, padres que se emocionan, hermanillos a los que quizá no conocen y que han nacido durante su ausencia. Un buen día se van como llegaron, sin avisar, y vuelven a lo de siempre. A lo mejor su vida a salto de mata se pone negra. Entonces recurren a la mendicidad, que no es vista como algo deshonesto, sino como una capitulación del corazón ante el estómago, del orgullo ante el hambre: «Antes se pide que se roba». También se pide cuando un compañero está sangrando en un hospital o cuando otro está en el talegón, por haberse tirado de espontáneo, ya que si no se paga la multa tendrá quince días de arresto subsidiario.

«El que está arriba», medallas y venturas

Cuando los aficionados respondían a mi encuesta, no lejos de

allí, en una habitación del hotel Colón, un mozo de estoques estaría recogiendo de la mesilla de noche la capillita de las cien estampas y la estaría guardando en el equipaje de la cuadrilla para poder al día siguiente volver a encender la mariposa de aceite y corcho en un hotel de Palma de Mallorca o de Barcelona. También los aficionados, sin haber llegado, tienen el fetichismo religioso de los que triunfaron. Para ellos, el bien y el mal no está determinado por la Iglesia, sino que va con ellos. «El Chocolate», con una voz queda que hacía pensar en la vigencia de un personal código religioso, me decía:

—Yo en la Iglesia y en los curas no creo. Yo creo en El que está ahí arriba...

Como gran parte del pueblo al que pertenecen, identifican a la Iglesia con la organización capitalista de la economía, con los centros de poder de nuestra sociedad. Algunos han hablado alguna vez con un cura y se han admirado más por su nivel cultural que por el testimonio de vida de su ministerio. Para el pueblo que los aficionados son, el cura es todavía quien detenta la cultura en una sociedad señorial. Pero están convencidos de la utilidad fatalista de ciertas prácticas religiosas que pueden realizarse al margen de la iglesia (y por iglesia entienden tanto el templo como la comunidad y organización eclesiales):

—Yo rezo después de torear, cuando no me ha pasado nada —dice «El Revoltoso», de Zamora.

También rezan antes de torear, o por la noche, antes de enfrentarse con las cornadas del frío y del hambre. A ciertas prácticas religiosas les conceden un indudable carácter de utilidad en su oficio:

—Una vez me montó un cura en la carretera y me hizo rezar con él un rosario. Me dio suerte. Desde entonces admiro a los curas por lo que saben. Eso es engañar a la gente, pero yo tengo una fe muy grande.

En el maco, hatillo o llo, que es su diferenciadora herramienta de trabajo, llevan las mismas estampas que los mozos de espadas en los equipajes de los matadores, aunque en menor número por obvias razones de espacio. Allí, junto al capote, la muleta, una manta, los avios de afeitar y alguna

LOS MALETILLAS

muda de ropa limpia, nunca faltan las estampas de las patronas pueblerinas, de las imágenes (Gran Poder, Macarena, etcétera) con mayor tradición en la mitología de los matadores de toros. Unos van cargados de medallas, de escapularios, de reliquias de siervos venerables; otros, en cambio, sólo llevan al cuello un crucifijo.

No le dan valor, sin embargo, a los fetiches, confiesan que no son supersticiosos, pero la presencia de la suerte domina su vida:

—Aunque la mejor suerte es la que te puede dar tener los papeles bien arreglados, el carnet de identidad y el carnet de aspirante, para que la Guardia Civil no te moleste —dice «El Granaino».

Cuando tienen dinero, fuman. Algunos han fumado otras cosas, que llaman porros o petardos. No distinguen entre ocio y trabajo: la afición lo es para ellos todo en una pieza. Quizá le teman, si aún no están en edad militar, a tener algún día cercano que ir al cuartel, porque allí tendrán que pensar, plantearse la vida en la forzada inactividad taurina. Por ahora viven su libre enajenación al día. El fracaso es algo que no se admite, en lo que ni siquiera piensan. Todos van a triunfar. Todos van a llegar a ser figuras. Aunque algunos, como «El Dólar de Cáceres C. C.», tenga ya veintisiete años y haya pasado hasta por la Legión en el Sahara.

Si se pone uno agorero y les viene a fastidiar el pasodoble diciéndoles que a lo mejor no todos llegan, al instante encarnan al derrotado hombre que quizá sean dentro de muy poco:

—Pues mire usted, si Dios no nos da esa suerte, pues a trabajar a Francia o a Alemania, a casarnos, a fundar un hogar. Si no triunfamos, no nos queda más remedio que trabajar.

Pero, ¿por qué no dentro del mismo mundo de los toros, sin abandonar la romántica afición que los ha hecho tirarse al monte desde sus sociedades rurales de origen? Los esquemas vuelven a ser inflexibles. Por ejemplo, «El Zorro», de Sevilla piensa:

—Yo sé poner la mar de bien la castañeta, y a los que se la he puesto les he dado suerte, que han cortado orejas y rabo. Sería un buen mozo de espadas... Pero lo mío es ser torero, no mozo de espadas...

Otros, como Francisco García «El Maletilla», son mucho más radicales en la salida de la frustración que empiezan a barruntar:

—Para ponerme de peón, aunque fuera de peón de confianza, me pondría antes a trabajar en lo que fuera. Antes que te mande otro, trabajas en lo que sea.

Todos trabajaron antes en oficios sin cualificar; todos se han escapado de su casa; todos han conocido mujer, unas veces por la cara y otras pagando, «porque ellas también tienen que comer». Pero no tienen novia, ni incluso la presencia determinante de una mujer en su vida, y mucho menos imposibles y no correspondidos amores de fotonovela con hijas de ganaderos. Tuvieron quizá una novia en el pueblo:

—Y ella me dijo: «¿A quién quieres más, al toro o a mí?». Y yo le contesté: «Al toro». Y entonces la dejé con esto de los toros.

Los que paran en la carretera para llevarlos a los tentaderos y a las capeas no siempre son devotos párrocos salmantinos que hacen rezar rosarios que dan suerte. Otras veces ocurren historias como la que relata «El Zorro»:

—Mire usted, a mí me montaron una vez en «auto-stop», y me montó un Tiburón, que yo creía que eran dos señores, pero después me vinieron a decir lo que eran. Me querían llevar a Alicante, a un hotel, y darme dinero. Y yo les dije que no, que antes me iba a Guillena a coger chinas que con ellos.

Todos han tenido proposiciones de homosexuales, y en su demostración de hombría cuentan cómo las rechazaron. «El Granaino» lo relata así:

—Iba yo en un coche, y me quería el tío dar cien duros para eso. Y yo le dije: «Ya me está usted parando ahí y tire usted "p'alante", so mariconazo...».

A veces, los hilos del homosexualismo llegan a dominar el tablillo taurino:

—A mí hasta me han ofrecido darme toros y corridas si me iba con ellos —dice Juan Manuel Montero.

En cambio, «El Dólar de Cáceres» no puede contar nada:

—Pues no, señor. A mí, como soy tan feo, ni siquiera eso...

Por encima de estas experiencias personales, están convencidos de que muchos han llegado en el toro a ser alguien por

que un día no se bajaron de un Tiburón, porque fueron a un hotel en Alicante, porque aceptaron lo que le ofrecían a cambio de torear dos becerros.

Justicieros y perseguidos

«Nos miran peor que a un perro», dicen sentados a la puerta del templo del toreo cuando les pregunto por sus relaciones con el mundo establecido de la fiesta. No hacen excepciones: «Toda la gente del toro nos mira muy malamente». Y piensan, todo lo más, en el ganadero que alguna vez ha echado dos o tres vacas para que las torearán los aficionados en un tentadero, tal puedan ser don Antonio Pérez Tabernero, don Tomás Prieto de la Cal, o piensan en Carmen Núñez, que hasta les hacía un rancho aparte para que se hartaran, si no de torear, de comer. En los tentaderos, cuando les dejan entrar, les mandan sentarse en las tapias de la placita. Llegan las figuras del toreo que han sido invitadas para las faenas y que después sugerirán quizá esta ganadería a la hora de ajustar carteles y firmar contratos. Sólo cuando el matador se harta de torear la vaca que entra bien, suena la voz:

—Tú, baja...

Después, si no quedan bien, si la vaca resabiada les coge, o les revuelca, o les pisotea, o hasta les da bocados, todo se vendrá por tierra. Desde un burladero, quizá copa en mano, les dirán, para que se enteren los otros compañeros que esperan sentados en la tapia, con las piernas colgando hacia el pequeño ruedo señorial:

—¿Y tú quieres ser torero?

Quieren, pero no pueden torear, nadie se acuerda de ellos. Los ganaderos se quejan que se meten por las noches en los cerrados para apartar un novillo y torearlo a gusto, hasta hartarse soñando faenas, quién sabe si para repetir la escena cupletera descrita magistralmente por Chaves Nogales cuando aún no estaba acuñado el tópico de la ganadera salmantina y el romance de valentía: un **aficionado** que tenía contactos con la FAI en el barrio de Triana, llamado Juan Belmonte, toreado desnudo en la dehesa de Tablada. Los contratos, a pesar del carnet sindical de aspirantes, nunca llegan. O vienen en condiciones inaceptables:

—A mí, por ejemplo —relata «El Dólar de Cáceres»—, ha venido un empresario, que si yo quería pagarme dos becerros moruchos y darle diez mil pesetas encima para los gastos. Y después esas plazas portátiles, a sesenta pesetas la entrada, que nos quitan la vida a los aficionados. Porque si no en dinero, a veces hay que pagar en entradas para poder torear, comprar las que le digan a uno y repartirlas entre los amigos o regalarlas a la gente del pueblo. Aquí los contratos son obligarte a matar un toro de quinientos kilos por la cara. Y en las capeas, cuando sale un bicho que coge bien la muleta, entonces lo torea el director de lidia, que es un novillero viejo que tiene que haber reglamentariamente; pero cuando salen estos toros que no quieren matar los matadores de campanillas, entonces nos los dejan a los aficionados. Y aquí me tiene usted, que hay que matarlos, porque si no los del pueblo te tiran piedras. Yo me he puesto delante de toros que son toros de verdad, no las novilladas que torearán estos matadores.

Pocas veces se pusieron el traje de luces. Sólo quien actuó en la parte sería de un espectáculo cómico-taurino-musical, de nocturnas por los pueblos; quien salió de sobresaliente con un señorito rejoneador; quien lo alquiló para hacerse un retrato y mandarlo al pueblo. Una vía que algunos escogieron hace tiempo para llegar a vestirlo fue la socorrida petición de oportunidad: sentarse con un cartel a la puerta de una plaza, pasearse por una ciudad vestido de torero, escalar un edificio de la plaza de las Tendillas, en Córdoba; lo insólito para llamar la atención. Ya han desistido de pedir más oportunidades:

—Casi todos hemos estado por ahí pidiendo toros —dice «El Revoltoso», de Zamora— con un cartel a la espalda, pero viene la Policía o viene quien sea y te echan, y se ríen de ti, y viene el fracaso, y resulta que no te han dado los toros.

Encarnan un sentido natural y popular de la justicia, y no les es ajena una idea utópica del reparto. Se creen con su clase mucho más solidarios que los que llegaron y se han olvidado de su origen:

—Si yo fuera torero quitaba los refugios y lo quitaba «tío». Pero hay que aguantarse y callarse.



Diffícilmente podrá ya juntarse una tropa juvenil con el «máco» al hombro, pendiente del palo de la muleta, como aquella que desfilaba los sábados por la noche en la televisión, cuando los Domingüines organizaban en Vista Alegre unas novilladas de la oportunidad, de las que salieron Palomo Linares o «El Platanito».

Tendría que haber más unión, y no que unos tengan tanto y otros tan poco. Que los ricos tuvieran que trabajar para comer, aunque tuvieran mil millones. Ahora, que esto está así, y el que la lleva, la entiende.

Preguntarles de política, a pesar de este sentido natural, es como hablarles de músicas celestiales. Ellos («yo, el toro y se acabó») tienen unas ideas sobre la organización de la sociedad que denuncian tristemente la pobreza de la escasa enseñanza que recibieron.

—¿Castro dice usted? Sí, hombre; ese es el que manda en Cuba, que si viniera aquí, vamos... usted me entiende. Ese estuvo aquí en España y por cosas de la guerra se fue para allá, y ahora es el Presidente, vamos, el que manda. No, señor, de Marx no he oído hablar. Bueno, verá usted, ahora que caigo: ¿March no es el que dicen que es jefe de todos los Bancos?

Han sido perseguidos, despreciados, humillados, y como el toro de Miguel Hernández, se crecen en el castigo. Juan Manuel Montero dice:

—Al niño que quiere ser futbolista le dan la pelota, las botas, todo. Y el que quiere ser to-

rero se tiene que ir de su casa, pasar calamidad, dejar a su padre y a su madre. Eso vale mucho...

Se sienten marginados en la sociedad en que viven, incomprendidos («a ver si escribe usted algo bonito, hombre, no para que se fijen en nosotros los empresarios, sino para que la gente vea que no somos unos mangantes y deje de pensar malamente»), y cargan a trancas y barrancas con los sambenitos de delincuencia habitual que les han colocado:

—En el toro hay chavales que se hacen pasar por capichuelas y son unos mangantes que nos hacen pagar a justos por pecadores.

Así llega la detención, que a veces se produce por razones que nunca les explicarán. «Rabanito de Hellín» aún no sabe por qué le detuvieron en Madrid:

—Vine de noche de Albacete, que iba para Salamanca, y me pillaron debajo del puente de Legazpi. Estaba calentándome allí y vino la pareja, el cero noventa y uno: «Y usted, documento». «Sí, señor»; di documento nacional, cartilla militar, en fin, todo. «Y usted, al coche». «Mire usted, yo no he hecho nada, yo vengo

ahora de Albacete y, la verdad, ahí tiene usted al camionero, se lo puede preguntar. He visto esta lumbre y aquí estoy calentándome». «Pues nada, usted al coche». «Pero, oiga usted, ¿cómo voy a ir yo al coche?» «Que le he dicho al coche, y no me residie usted más», y me tomaron datos. Fui a Comisaría. Al otro día me llevaron a la cárcel; me tomaron huellas, en fin, me hicieron las fotos, hasta que me soltaron. ¿Por lo de espontáneo dice usted? No, lo de espontáneo es distinto. Si no pagas las quinientas pesetas de multa sabes que te pasas quince días en el taleguín.

Se atorán. Y por ponerse delante de un toro se tiran de espontáneos en una corrida. De sobra saben que el Reglamento dice que los que se tiran no pueden torear en dos años. Pero también saben que si tienen suerte y las cosas ruedan bien, ya habrá padrinos que arreglarán los papeles en el Sindicato del Espectáculo para que puedan torear. Al menos se las arreglaron a Miguelín («a ése sí que le debían haber quitado el carnet para toda la vida»), que se tiró en un toro de «El Cordobés» y se vistió de luces en cuanto que quiso. Los relatos de sus irrupciones furti-

vas en los ruedos tienen la triste grandeza del pasodoble de una banda de pueblo. «El Chocolate», de Córdoba, recuerda así sus horas sevillanas del miércoles 12 de abril de 1972:

—Yo llegué a la plaza, y entre dos compañeros míos y yo pagamos la entrada. Entré en el tercer toro, estaban a punto de matarlo. Bajé allí, y al salir el cuarto toro me lancé. El toro, la verdad, apenas hizo por mí, y yo di por lo menos dos o tres vueltas a la plaza hasta que conseguí pegarle tres o cuatro muletazos. El toro me desarmó en el último muletazo que le pegué, y al derrotarme me quedé a cuerpo limpio. Yo llegué después y me hincé de rodillas, pidiéndole perdón no a la presidencia, sino a los espectadores. Con las mismas salí al callejón; en el callejón me cogió la Policía, me metieron en el calabozo de la plaza de toros y allí llegaron; nada, estuve un minuto. Al minuto me sacaron para la calle, me montaron en el coche especial y me llevaron a la Comisaría. Dormí esa noche allí y esta mañana pues llegaron unos compañeros míos, pagaron la multa y me fui. No, allí lo que me hicieron fue que me ficharon, me hicieron las fotos y eso. Sí, yo sabía que iba a ir al calabozo, pero me tiré por la afición que llevo, por eso lo hice...

Lo decía con la voz cansada, sin darle importancia a la gesta. En el hotel Colón, los toreros de aquella tarde, terminada la corrida, ya habrían tomado una ducha caliente y estarían en el bar comentando las faenas con los bailadores del agua que siempre les rodean. Los taurinos seguirían tomando whisky o un «bitter» no alcohólico, si habían cargado de demasiado la suerte en la sobremesa. Desde las cabinas de teléfono, los revisteros dictarían la crónica después de palpar el grosor del sobre que recibieron a la hora del aperitivo. Muy cerca, los aficionados apuraban unos vasos de negro y unas tapas comidas con ansia, mojando el pan en la mayonesa del pescado en blanco. Luego se irían hacia el río, a pasar la noche. Cumpliendo con su papel en la tragedia de la fiesta. «Dios le manda a cada uno su sino. A mí me ha mandado que yo esté fuera de mi casa, pasando hambre y frío, para pegarle un muletazo a un toro a quinientos kilómetros y que me pegue una cornada...». ■ A. B.